

LLUVIA Y SED

*...les nuages qui passent...là-bas...là-bas...,
les merveilleux nuages!*

Ch. Baudelaire

Estas regiones del Sur han padecido, ciclicamente, la angustiosa escasez de elemento tan esencial para la vida como es el agua. La tierra seca, polvorienta, agrietada, clamando por la lluvia, y un cielo de purísimo azul, bello y luminoso, pero a la vez terrible, al que la gente dirige sus angustiosas miradas con la esperanza de descubrir algunas esquivas nubes, anunciadoras de una tregua o del fin de la sequía. Esta ha sido una estampa repetida durante siglos. Campos resecos, pardos, desnudos o con pálida vegetación agostada, a punto de morir, sin flor ni frutos, y campesinos enjutos, con la necesidad y la sed reflejadas en sus cuerpos y en sus ánimos.

Hoy, por fortuna, las consecuencias dramáticas de la falta de lluvia, en nuestros países occidentales, no reviste el dramatismo de hace apenas un siglo, ni del que aún tiene en otros de Asia o Africa. No se produce esa hambruna provocada por la pérdida de cosechas y existen medios técnicos, en casos extremos, de obtener o transportar el preciado líquido. Pero todavía, como una herencia biológica, cada vez que el estiaje se prolonga demasiado, nos asalta invencible temor a un nuevo ciclo de sequedad infernal.

Tal vez sea ésta la oculta causa por la que me gustan las nubes, las maravillosas nubes que cubren el cielo en los grises días de invierno, mientras dejan caer gotas menudas que empapan la tierra, limpian el aire de polución y lavan las hojas de los árboles; las cambiantes nubes de la primavera, blancas como el algodón, que parecen estar sacando brillo al cristal transparente de los cielos y forman figuras fantásticas que se transforman incansables, como en un juego de niños; las nubes que pasan, bajas, agitadas, impulsadas por fuertes vientos, presagiando tormenta... Y es que siempre nos parece más seductor lo escaso, aquello de lo que tenemos carencias, que lo abundante, lo que nos sobra; en nuestro caso, un tórrido sol en verano, que abrasa los campos, la vegetación y nos hiere con su fuego.

Pero también la lluvia causa problemas y de eso sabe bastante nuestra ciudad. No creo que en los desastres ocasionados por temporales recientes tenga tanta culpa la contaminación y el efecto invernadero como aseguran los ecologistas, aún cuando alguna influencia ejerza; en todas las épocas y países ocurren hechos semejantes, y con más frecuencia. Son fenómenos naturales que no deben sorprendernos y, sin embargo, por imprevisión culpable cuando no por

mor del fácil lucro, nos sorprenden, dañan, hieren y hasta matan. Porque lo cierto es que construimos en zonas donde un futuro peligro lo ve hasta el más corto de vista y, sin embargo, lo hacemos; hurtamos terreno al cauce del arroyo seco, creyendo que jamás por allí volverá a pasar agua y, cuando más tranquilos y confiados estamos, nos arrasa una tremenda riada; plantamos el chalet al borde mismo del mar en calma, y un día se le hinchan las narices y nos lo deshace con violenta furia. Ejemplos existen hasta el infinito. Ocasiones hay, también es verdad, en que la dimensión del fenómeno era imposible de prever y, por tanto, no resulta eficaz ninguna medida previa y la catástrofe parece inevitable; pero éstos casos, por fortuna, al menos en estos pagos nuestros, no suelen ocurrir o muy rara vez ocurren.

Tenemos que reconciliarnos con las nubes, las maravillosas nubes que pasan y nos traen el agua que riega y fertiliza el campo, corre como sangre vivificadora por los ríos, apaga nuestra sed, refresca el cuerpo sudoroso y, además, se remansa dócil en los pantanos, como reserva en la escasez y potencial fuente de energía.